



Prior Provincial

LA DISTANCIA DE UNO MISMO Y DE LAS COSAS QUE NOS ATAN Carta de Pascua, 2017

*¡Que asombroso beneficio de tu amor por nosotros!
¡Que incomparable ternura y caridad!
¡Para rescatar el esclavo, entregaste al Hijo!*

Queridos hermanos,

¡Feliz Pascua de Resurrección! El título elegido para esta felicitación pascual no es una originalidad propia. 'La distancia de uno mismo y de las cosas que nos atan' proviene más bien del Maestro Eckhart cuando venía a decir que el hombre debe estar 'separado de él mismo y de las cosas'. Dejemos que la Pascua nos 'deshabite', nos distancie de nosotros mismos y de nuestras cosas para volver a ser nuevos en Cristo.

Nos congratulamos de haber podido celebrar un año más el Misterio de la Pascua. Año tras año vamos reiterando los ritos litúrgicos del triduo pascual, haciendo memoria de la Pascua del Señor. La celebración de la pasión, muerte y resurrección de Jesús resuena otra vez como la singular acción de Dios en la historia de la humanidad. También en nuestra propia historia personal. Con ella quiere sellar en nosotros la experiencia que supone 'el paso de la muerte a la vida' ¡Bendita experiencia!, porque este paso, a nuestro alcance, habla bien de nosotros y de nuestros recursos y posibilidades.

'El arte de desaparecer'

En la medida en la que voy conociendo un poco más a la Provincia, a los frailes y sus apostolados me percató con más convicción del camino pascual en el que nos encontramos. ¡Cierto!, nuestro itinerario de vida es el camino pascual. No solamente hemos celebrado la Pascua de Jesús, hemos interiorizado también nuestra propia pascua. No debemos olvidarlo: en la Pascua de Jesús está la nuestra.

En el pensamiento contemporáneo abundan 'nuevos' desafíos para recrear la vida, la propia y la ajena. Reiteradamente oímos aquello del 'arte de educar', del 'arte de vivir', del 'arte de envejecer', del 'arte de nacer y de morir'... y ahora añadimos un nuevo recurso que nos ayude a dar forma, a diseñar y comprender, la distancia que debemos tener de nosotros mismos y de nuestras cosas (ideas y preocupaciones)...hablamos del 'arte de desaparecer'. Jesucristo ha resucitado de una forma tan discreta que parece recrear su propia vida desde la distancia de sí mismo y de sus cosas. En la lectura de los textos evangélicos podemos deducir que la indiscreción está más en los testigos de la resurrección que en el mismo resucitado.

Sin duda alguna... en la vida personal de los frailes, en las comunidades de la Provincia, en sus instituciones y compromisos de misión abundan no pocas cruces. No digamos en el mundo y en nuestro entorno más próximo. Sí. ¡Cuántos sufren el dolor de la cruz! Pero, no vamos a caer en un autoengaño, el camino pascual no dulcifica el sufrimiento, ni lo oculta; tampoco lo acepta sin más

con resignación. Resignarnos a él sería un escándalo que la fe en Jesucristo no podría fácilmente admitir. Más bien... yo diría que el discípulo de Jesús ha de poner mayor esfuerzo en su integración. ¿Cómo? Quizás... 'sacando provecho de él'. ¡Hasta de la muerte podemos sacar provecho! Puede ayudarnos a ello el esfuerzo de esculpir 'el arte de desaparecer'.

Algunas veces observo a frailes cansados de tanta 'cruz'. Es preciso acoger el cansancio, abrazar al que todo ha entregado y animar al que ha caído en el desánimo y la tristeza. Pero no podemos quedarnos ahí. La 'cruz', la 'sola cruz' puede cegar el horizonte. No adoramos la cruz el Viernes Santo como un simple culto que rendimos a una muerte siempre injusta. Más bien adoramos la cruz por la estima de lo que representa. Para los creyentes en Cristo la adoración de la cruz expresa un amor extremo, un acto de cariño profundo, una admiración intensa. Adorando así la cruz, ésta, lejos de asustarnos y consumirnos en la oscuridad, se vuelve luz para nosotros. En este sentido no debe preocuparnos tanto la cruz en sí misma, como la falta de luz. No debe inquietarnos tanto lo que la cruz expresamente representa, como la ausencia de lo que quisiera expresar y no puede fácilmente hacer, porque la cruz es la expresión más profunda de lo vulnerable. Sacar a flote esta luz 'es un arte'... el 'arte de desaparecer'.

Nunca serán suficientes nuestros esfuerzos por tejer la Palabra de Dios con las palabras humanas, con nuestras propias experiencias de la vida. Allí donde se encuentran la Palabra de Dios y las palabras de los hombres debemos estar intensamente presentes. Este encuentro de 'Palabra-palabra' es el que debemos orar, estudiar, masticar y predicar en nuestra vida y misión; es decir, en la proclamación del Evangelio que queremos realizar. No traicionemos nunca este objetivo: la mirada del predicador ha de estar especialmente atenta para percatarse de la comunicación que tiene lugar cuando la experiencia de Dios (Palabra) se encuentra con la experiencia humana (palabra). El sufrimiento es un lugar privilegiado para el encuentro. Dios parece haberlo querido y elegido así y el hombre sugiere necesitarlo de esa manera.

Tres experiencias han estado presentes en la vitalidad de la pascua de Jesús y que la celebración del triduo nos ha recordado. Hoy, esas experiencias se vuelven reclamo y necesidad para nosotros. Hablamos de '*pertenencia*', '*cuidado*' y '*reconocimiento*'. ¿Quién no reclama estas vivencias? Ellas enriquecen el 'arte de desaparecer'.

Efectivamente: saber 'desaparecer' para *pertenecer* adecuadamente, sin desear que lo propio permanezca siempre por encima de todo y de todos; procurarnos *el cuidado* con la debida discreción, que en este caso no tiene mucho que ver con una actitud moral, sino más bien con una cuestión ontológica; me refiero a la modestia de 'ser-actuando' en un tiempo que se basta a sí mismo, cuando el tiempo para 'nuestros cuidados' es requerido. El tiempo de la discreción, tiempo del cuidado, es un tiempo casi siempre efímero porque 'toca' lo vulnerable; por último, hacerse súbitamente discreto –arte de desaparecer- es abdicar aunque sea por un momento de cualquier voluntad de poder. De aquí brota el mejor *reconocimiento*, el más auténtico.

Dejo aquí este primer intento en la elaboración del contenido de este arte desde los tres vocablos mencionados, para abordarlos ahora por separado y por sí mismos. Os animo a seguir buscando, desde la experiencia personal, aquellos elementos que den contenido y experiencia 'al arte de desaparecer' desde estos u otros conceptos.

Necesitados de pertenencia

San Pablo nos decía el día del Jueves Santo que él era heredero de la tradición que ahora nos transmitía: *que el Señor Jesús, la noche en que era entregado, tomó pan...* Ese mismo día también escuchábamos a san Juan, con su contundente expresión, decir en boca de Jesús: '*si no te*

lavo los pies no tienes que ver conmigo'. El caso es que 'tomar el pan y la copa', celebrar y realizar el servicio humilde de la eucaristía, tiene que ver con una determinada pertenencia.

Quizás pueda resultarnos una evidencia hablar entre nosotros de 'pertenencia'. Hemos dado por supuesto demasiado rápido que la profesión religiosa que en su día hemos emitido nos ha vinculado a una tradición, a una familia más amplia, a unos apostolados concretos, también quizás a un modo de hacer las cosas, a un estilo de vida. Todo esto es cierto, valioso y merecedor de ser tenido en cuenta. Pero el tiempo, los años..., las preocupaciones, los vaivenes vocacionales, el desánimo, etc. pueden vaciarnos en pertenencia. La rutina, sin pasión, también. La resistencia a la innovación de lo nuevo reduce también nuestro sentido de pertenencia.

La pertenencia conlleva integración, sentirse 'parte de' un grupo más amplio. Por eso la pertenencia nos exige a todos activa participación, corresponsabilidad en lo común, respeto mutuo, tener en cuenta lo que los demás puedan decirme sin aspaviento, rencor ni rechazo. También la pertenencia nos reclama la necesaria coherencia con lo que en su día hemos profesado. Esta coherencia nos libera de añadidos y justificaciones inapropiadas.

Deberíamos acudir a la preciosa reflexión que nos ofrece la obra de Marcel Mauss, *Ensayo sobre el don*. Después de una extraordinaria investigación sobre la capacidad humana para el don en diversos grupos humanos 'de pertenencia', Mauss llega a la conclusión de que gran parte de nuestra propia vida 'permanece en esa misma atmósfera donde se mezclan el don, la obligación y la libertad' ¿Podemos educar estos recursos espirituales en nosotros para reforzar nuestra pertenencia? De ellos os hablaré probablemente en otra ocasión. Me gustaría fomentar lo que el don, la obligación y la libertad conllevan en el dinamismo vital de la Provincia.

Nos bastan ahora para señalar el sano equilibrio que debe haber entre nuestras 'obligaciones', los dones recibidos y la libertad. Sin don ni libertad no hay percepción de la luz... pascual; sin don ni libertad no hay desarrollo de inteligencia ni creatividad; además, la ausencia de ambas puede reducir 'la experiencia de la cruz' a la mera obligación. La obligación sí, pero no aislada, sino en una adecuada relación y mezcla con el don y con la libertad. En la pasión de Jesús, 'la obligación de la cruz' parece moverse entre el don de Dios en su vida y la libertad y consciencia con la que asume su camino pascual.

El reclamo del cuidado

El Viernes Santo fue un día especialmente duro. La Palabra de Dios, recogiendo las palabras de una humanidad muy herida, se nos volvió áspera, en cierto sentido poco amable al oído, más bien abrupta y escabrosa. Rasposa y hasta cierto punto inclemente y cruel. De Isaías hemos escuchado que *'sus cicatrices nos han curado'*. Quizás nos hemos acostumbrado a este lenguaje bíblico, pero a no pocos de nuestros contemporáneos afirmaciones como estas resuenan hasta escandalosas. Que el sufrimiento de otro nos cure no resulta fácilmente verosímil o creíble. Dejemos nuestras ingenuidades en alguna parte. Pero aquello de *'murió por algunos', 'por muchos' o 'por todos'*, no resulta fácilmente asimilable en la mentalidad contemporánea.

Además, en el relato de la pasión Juan incide reiteradamente en la 'falsa acusación' y en el 'ensañamiento'. ¡Cuánto tenemos que aprender de esto! Una historia que se repite con cierta frecuencia en la vida comunitaria. No digamos provincial. Debemos reconocer que algunos sufrimientos provienen del 'dedo acusador'. Demasiada contradicción al mismo tiempo. Resulta que las cicatrices que en otros producimos, en Jesucristo, se vuelven salvación.

No pretendo ahora solventar la aparente contradicción a la que nos desafía la Palabra de Dios cuando se encuentra con nuestra experiencia, pero sí quiero detenerme en lo vulnerable que

somos. Precisamente por esto, ante el dolor y el sufrimiento venga de donde venga, es preciso cuidarse. El cuidado ha de ser un valor a cultivar por cada uno de nosotros. Ante todo, porque el cuidado está en estrecha relación con el interés que ponemos en nosotros mismos, en los otros y en las cosas. La falta de interés por la propia vocación y por la de los otros, es la peor 'acedia monástica que nos pueda ocurrir'. La 'acedia' es un trastorno que gravemente nos incapacita en nuestro crecimiento vocacional, independientemente de la edad en la que nos encontremos. Nos vuelve tristes, ásperos y amargos. ¡El cuidado de la propia vocación!, por favor... lo reitero, ¡El cuidado de la propia vocación!... Ya sabemos lo que esto significa.

El cuidado va de lo propio a lo ajeno. Cuando estaba escribiendo esta carta me llegó el correo de un fraile, muy apreciado por todos, donde me transcribía este texto que casualmente había encontrado escrito por él mismo en una tarjeta metida en uno de sus libros: **"La Provincia es muy grande. En los próximos años, va a crecer la tensión entre un rejuvenecimiento que tenemos la suerte de conocer por la llegada de nuevas generaciones y un envejecimiento importante con problemas de salud para cierto número de hermanos. Nuestros efectivos quedan limitados. Es nuestro principal handicap. Ciertas situaciones van a ser difíciles. Nos será necesario poner mucha modestia y realismo, y al mismo tiempo imaginación y generosidad"**.

Este texto está recogido de la revista 'Editorial de Prêchers' (nº 1). Es la revista que surge, como órgano de expresión, después de la unión de las Provincias de Francia y Lyon. Resulta una obviedad afirmar que el texto en cuestión no se refería a la Provincia de Hispania sino a la unificada Provincia de Francia-Lyon. Pero, en cualquier caso, refleja bien el momento presente de nuestra provincia.

Hemos de cuidarnos más los unos a los otros, especialmente en las situaciones difíciles que comienzan a aparecer. Estos cuidados no tienen nada que ver con el regocijo comunitario en nuestros egos y narcisismos. Es más bien, la expresión humilde del que se percibe necesitado. Desde este sentido debemos mirarnos más unos a los otros, estar más pendientes de aquel o aquellos con los que compartimos techo, pan, trabajo, ilusión y vocación.

MacIntyre, se propuso en su libro, *Animales racionales y dependientes. Por qué los seres humanos necesitamos las virtudes*, responder a esta pregunta ¿Por qué es importante que los filósofos (y los teólogos) de la moral estudien la vulnerabilidad y la discapacidad humanas?

MacIntyre cae en la cuenta, leyendo precisamente una oración de santo Tomás, de la importancia que tiene desde la moral una reflexión sobre la vulnerabilidad. Santo Tomás en dicha oración *pide a Dios le conceda la posibilidad de compartir lo que tiene, felizmente, con aquellos que lo necesitan, y la posibilidad de pedir humildemente aquello que necesita a quienes lo poseen*.

Efectivamente, todos somos vulnerables a una gran cantidad de aflicciones diversas. Padecemos enfermedades graves en uno u otro momento de la vida. Otros pueden padecer una crisis personal, vocacional seria, profunda, digna de ser tenida muy en cuenta; otros son testigos de muchas despedidas. La forma como cada uno de nosotros nos enfrentamos a nuestra vulnerabilidad provenga de donde provenga depende, en algunos momentos, sólo en una pequeña parte de nosotros mismos. Lo más frecuente es que todos nosotros, de una manera o de otra, dependamos de los demás para nuestra supervivencia, no digamos para nuestro florecimiento, cuando nos enfrentamos a la vejez o a una enfermedad o lesión corporal física o psíquica.

Qué decir del reconocimiento...

Hace años, en una conferencia, escuché a Jon Sobrino decir a propósito del misterio pascual de Jesús: *'Dios hace justicia a Jesús en el misterio de la Resurrección'*. ¡Cierto! El teólogo retomaba

una de las tradiciones más convincentes del Nuevo Testamento, la tradición profética, para comprender el misterio pascual de Jesús ya muy presente en la conciencia religiosa del cristianismo incipiente: 'Dios lo resucitó', 'lo levantó' de la muerte. De esta forma restablece lo que injustamente le ha sido arrebatado, porque... así es, la vida le fue arrebatada con violencia, ya que sobre ella otros decidieron bajo sentencia de muerte. Necesitamos retomar esta esperanza profética, la esperanza de que 'alguien nos levantará', 'nos reconocerá'. La esperanza de que ocurra lo que nos ocurre al final hay un Dios que queremos tener por justo.

Pero el Nuevo Testamento es portador de otra experiencia no menos relevante; está muy presente en la conciencia cristiana de los primeros siglos, porque los relatos del Nuevo Testamento también la anuncian. Está recogida precisamente en los textos del domingo de Pascua que hemos escuchado. Jesucristo, al haber sido portador de la fuerza del Espíritu Santo y ungido por Dios había de resucitar de entre los muertos por sí mismo. El bien que le acompaña es más fuerte que la penuria de la muerte. Otra tradición preciosa es la que expresa, en palabras de san Pablo a los Colosenses, que 'nuestra vida está con Cristo escondida en Dios'; hemos de buscar y aspirar a los bienes de allá arriba... pero desde el don de Dios que anida en nosotros mismos', me atrevería a sugerir.

Estas dos tradiciones neotestamentarias nos ponen de manifiesto que el término 'reconocimiento' es un vocablo nada fácil de entrever. Decía Paul Ricoeur, a este respecto, que unas veces aparece como un vocablo endiablado, inoportuno; otras en cambio es bien acogido, incluso esperado, en los lugares y/o momentos apropiados. Quizás esta dialéctica del reconocimiento, en palabras de Pierre Zaoui, sea más bien 'una dialéctica mediocre'. En cualquier caso, la cuestión para nosotros estará en percibir con rectitud los lugares/momentos adecuados para que cada fraile se perciba debidamente reconocido ¿Es la Orden, la provincia, la comunidad, el lugar adecuado para que los frailes se vean reconocidos y, por lo tanto, reconfortados con respecto a lo que son o han sido? Hay tres experiencias (quizás ideas) básicas que deben recorrer el valor del reconocimiento. Os invito a tenerlas en cuenta ante el justo reclamo de verse y sentirse reconocido en algún momento (tiempo) de la vida:

a).- El reconocimiento tiene que ver con la memoria. He aquí su dimensión más profética y por lo tanto justa. 'Conocer mediante la memoria', ya que el reconocimiento recoge también 'lo no explícitamente dicho'. ¡Qué importante es tener en cuenta este aspecto: 'lo no explícitamente dicho'! En los frailes, especialmente en los más ancianos, hay mucho de lo vivido que pocas veces 'es explícitamente dicho'. Necesitamos acudir al 'relato', a la 'narración' de la propia vida, a la construcción de la memoria personal, comunitaria y provincial. Debemos recordar: 'en la experiencia cristiana, la memoria (de lo implícito o explícito) está estrechamente ligada a la justicia'.

b).- De la memoria, del recuerdo, de lo dicho o no dicho a otra experiencia fundamental del reconocimiento y que el verbo 'Reconocer' en su primera acepción oculta: **el paso de lo formulado en palabra a lo realizado**, a los signos, a las obras, a los hechos. Cuando este paso se da, se tiene por 'más verdadero lo vivido'. Ahí reside una especial fuerza del reconocimiento, cuando la verdad de cada uno va saliendo a flote, especialmente cuando sale con más fuerza lo que hemos hecho al final de la vida. Es como si ya en este mundo viviéramos 'esa preparación' más próxima al día de nuestra muerte. He aquí un contenido fundamental del itinerario pascual. El encuentro definitivo con el Señor parece adelantarse a nuestro último adiós. El encuentro de la Verdad, con mayúsculas, con la verdad de nuestra propia vida hay que irlo percibiendo en los hechos que hemos realizado.

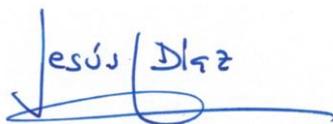
c).- Finalmente, una tercera apreciación importante: reconocer **es confesar mediante la gratitud**, que uno se debe a alguien. Esta tercera idea fundamental en el verbo 'reconocer' y en su sustantivo 'reconocimiento', no está tan presente en la lengua inglesa ni alemana. Pero sí lo está en

la lengua francesa y, por supuesto, en nuestra lengua castellana. Cuando el fraile, 'acepta lo que va viviendo', admite y tiene por verdadero lo que va realizando, deja que salgan a la luz las propias 'deudas'. Se percata y orienta hacia el necesario agradecimiento por lo recibido. El agradecimiento cierra este proceso del reconocimiento. La crisis de identidad se ve más superada cuando uno se percata de ser lo que es gracias –he ahí el agradecimiento- a la gracia de Dios en su vida, a la Orden, a sus propias cualidades y, cómo no, a la buena acogida de aquellos con los que se ha encontrado en su vida personal.

Es tan importante esta mediación de la gratitud que sin ella no somos del todo capaces de llevar la justicia a su culmen, de salir del ámbito de las pertenencias y de los posesivos (lo mío, lo tuyo, lo nuestro, etc.). En lo que me reclamo como pertenencia no necesariamente los demás me reconocen. Por eso necesitamos 'desaparecer' en la humildad de la gratitud, para ser más justamente reconocidos. Quizás ésta sea la Pascua del Señor en nuestra propia pascua.

¡Feliz Resurrección!

Un abrazo,

A handwritten signature in blue ink that reads "Jesús Díaz". The signature is stylized with a vertical line for the letter 'J' and a horizontal line for the 's' at the end.

Fr. Jesús Díaz Sariego, OP.
Prior Provincial